

destino, olvido y fuerza mayor

DIECISIETE años ha tardado «Los olvidados» en llegar a las pantallas madrileñas. Diecisiete años para ser estrenada en pleno mes de agosto, con apenas una discreta publicidad. La película, sin embargo, fue la primera de Buñuel que alcanzó un rotundo éxito comercial, y no hay razón alguna para pensar que de haberse estrenado en mejores condiciones este éxito no se habría repetido en nuestro país, donde, en la actualidad, existe el número suficiente de personas capaces de interesarse por la obra, aparte el hecho de que la obra en sí misma, independientemente del prestigio de que goza su realizador, tiene atractivos más que suficientes para atraer a un público amplio y popular.

Diecisiete años, generalmente, son muchos para una obra cinematográfica. Sin embargo, «Los olvidados» sigue no sólo teniendo los mismos valores que en el momento de su realización, sino que, con el transcurso del tiempo, es más fácil llegar a su significado profundo. En efecto, en 1950, muchos críticos y gran parte del público no supieron ver más allá de la superficie. Eran los años de mayor fuerza del neorrealismo y se pensó que Buñuel había abandonado sus veleidades de «L'âge d'or» para inscribirse en la nueva corriente, cuando lo cierto era que no sólo no había renunciado a ninguno de sus postulados, sino que además atría, con esta obra, el camino de la que habría de ser su producción futura. Después de un largo silencio, de un exilio en Estados Unidos durante el cual ni siquiera intentó hacer cine, Buñuel se había instalado en México, donde realizó «Gran Casino» y «El gran calavera», los dos únicos films suyos estrenados en España junto a «Robinson Crusoe», Oscar Danziger, el productor de aquellos films —uno de ellos simple vehículo para Jorge Negrete, el otro adaptación de una obra de Adolfo Torrado— fue el de «Los olvidados» que, presentado al festival de Cannes de 1951, obtuvo el premio a la mejor realización y el de la Crítica Internacional, aunque ello no supuso el que su autor se viera liberado de seguir haciendo films de encargo.

«Los olvidados», con todo y ser un film extraordinario, no es quizá el mejor de Buñuel. Aunque no se trate, en absoluto, de un film neorrealista, es evidente que en su planteamiento, en la base de que partió el «encargo» —«La necesidad de comer no justifica la prostitución del arte», ha dicho Buñuel— había un afán de acercarse a los postulados de aquel movimiento. Buñuel, sin embargo, fue mucho más allá. El sentimentalismo, el romanticismo que eran elementos fundamentales y básicos del neorrealismo están ausentes por completo de «Los olvidados», donde existen otros mucho más ricos, mucho más actuales también y en consecuencia mucho más perennes. Sólo las escenas del reformatorio se despegan un tanto del conjunto de la obra y le dan una cierta ambigüedad, en cuanto que pudiera pensarse, por un momento, que al autor pudiera proponer la institución en cuestión como solución; pero, al margen de que, posiblemente sin su inclusión el film no hubiera podido realizarse, Buñuel las aprovecha para situar en ellas la crisis de Pedro en la que éste arremeta contra las gallinas, esas gallinas que a lo largo del film van apareciendo en los momentos críticos, como encarnación del destino.

Sin dejar de ser un film realista, o precisamente porque es un film realista, «Los olvidados» no se limita a la apariencia, al naturalismo, sino que, en un afán de abarcar la totalidad de los elementos que componen la vida de los personajes va, en lo interior, al mundo onírico —la fabulosa secuencia de la madre con el trozo de carne— y, en lo exterior, hace jugar, encarnarse a los ojos del espectador, al destino. En este momento hay que dejar la palabra a Octavio Paz, uno de los hombres que más inteligentemente han hablado de Buñuel: «La presencia continua del azar confiere a «Los olvidados» una significación especial que hace imposible confundirle con la suerte. El azar que rige los actos de los héroes de la historia se presenta como una necesidad absoluta y que, sin embargo, habría podido «ser evitada». (¿Por qué no llamarla por su verdadero nombre, como en la tragedia: destino?). Despojada de sus atributos sobrenaturales, la vieja fatalidad vuelve a ponerse en marcha. La fatalidad de hoy es una fatalidad social y psicológica o, para emplear la palabra mágica de nuestra época, histórica. Pero no basta con que la sociedad, la historia o las circunstancias se declaren hostiles al héroe para que se produzca la catástrofe; es necesario que sus determinantes coincidan con las voluntades de los seres humanos puestos en juego. Pedro lucha contra el azar, contra la mala suerte, contra «la mala vida» encarnados en Jeibo. Cuando, investido, escabe por aceptarlos y mirarlos de frente, ha transformado el azar en destino. Muere, pero hace suya su propia muerte. Del choque entre la conciencia humana y la fatalidad exterior surge la tragedia. Buñuel ha redescubierto este ambigüedad fundamental: sin la complicidad humana al destino no se cumple totalmente y la tragedia es imposible. La fatalidad lleva la máscara de la libertad; la libertad, la del destino».

Sería preciso hablar de muchas cosas más: del ciego que exclama «¡uno menos!», del inválido atacado por Jeibo y sus amigos, de Meche esparciendo leche de burra por su muslos, del atroz final en el que el cadáver de Pedro es arrojado a un estercolero... El cine de Buñuel es tan personal, tan rico en sugerencias, tan marginal que, en primer lugar, sería preciso, para situar en su exacto lugar cada uno de sus films; referirlo al resto de su obra. Cosa imposible en este momento no sólo en función de la escasez de espacio, sino en la del desconocimiento de los títulos básicos por el espectador español.

CESAR SANTOS FONTENLA

riesgo e imprudencia

El automovilismo mundial se ha vestido de luto una vez más, no hace muchos días. El piloto inglés Bob Anderson se mató en el circuito de Silverstone mientras probaba su "Brabham Climax" con vistas al Gran Premio de Canadá. Anderson, casado y con dos hijos, tenía treinta años y sin formar parte del reducidísimo grupo de los conductores excepcionales, pertenecía a la élite de los pilotos de la fórmula 1. Era, pues, un hombre con experiencia, con nervios templados y sangre fría. Lo que no ha sido abastáculo para que haya perecido entre los hierros retorcidos de su bólido que, a causa de un mal funcionamiento del acelerador, se fue a estrellar contra un muro de cemento del ex-odródromo, hoy convertido en una de las pistas más famosas del mundo.

El balance del automovilismo deportivo en los ocho primeros meses de 1967 no puede ser más escalofriante: catorce pilotos han muerto en accidente. La cifra puede esgrimirse como una bandera mortal cuyo código espeluzna. ¿Se puede, en nombre del interés deportivo, afrontar los peligros que entrañan unas máquinas que escapan a todas las leyes de la voluntad humana?

Se dice que el riesgo es sinónimo de progreso, pero no siempre. Otras veces hemos ya comentado este tema del riesgo excesivo y, a veces, estúpido. No es sólo el automovilismo el que da motivo para esta tipo de consideraciones. El alpinismo tiene este año, caracteres funeraarios. El número de accidentes ha sido impresionante y en la historia del Mont-Blanc creemos que se ha batido un "record" trágico.

No hace mucho, un severo y magnífico Club Montañés se nos quejaba del relieve que la Prensa da a los accidentes alpinos, orillando, en cambio, en sus informaciones, las proezas y esfuerzos que realizan las diferentes ramas del alpinismo. No vamos a restar validez a esa queja, pero lo cierto es que no quita ninguna fuerza a la creciente angustia que produce la multiplicación de los casos mortales en las montañas. ¿Qué ocurre?

Las medidas de seguridad son, pese a cuanto se diga, evidentemente débiles o, bien, las autoridades competentes hacen la vista gorda autorizando escaladas difíciles a deportistas no preparados suficientemente para ello. El hecho de que exista una especie de libertad para que cada cual haga de su capa un sayo en esta disciplina, en la cual el hombre se empeña muchas veces totalmente en desafiarse a la Naturaleza, debería ser objeto de estudio, aplicando una reglamentación internacional adecuada que limite, porque impedir es imposible, esa lista negra escrita sobre la blanca nieve de las cumbres.

Si el riesgo de los grandes pilotos automovilísticos sólo puede reducirse mediante una limitación del poder de sus máquinas, la imprudencia en el campo alcionado tiene, a nuestro entender, posibilidades de ser controlada. Ya sabemos que Federaciones y Clubs realizan una buena labor y que son los primeros en lamentar los accidentes que se producen. Pero, a la vista salta, que en el terreno del montañismo y el alpinismo, esta buena voluntad no es suficiente. Acharcar a la mala suerte o a la casualidad fatal los numerosos y dramáticos casos acaecidos este año, nos parece una burla cruel. Algo hay que hacer y rápido para que el alcómicamiento, la precipitación y la audacia estúpida no sigan quemando vidas jóvenes por esas simas y precipicios de Dios.

J. J. CASTILLO